UNA VIDA AJENA

Planeta

OLIVIA SUDJIC

UNA VIDA AJENA

Traducción de Ariadna Molinari

Planeta Internacional

Diseño de portada: gray318
Fotografía de portada: Istock/Getty Images
Fotografía de la autora: © Colin Thomas

Título original: *Sympathy*
Fue publicado por primera vez en 2017, en Gran Bretaña por ONE, una división de Pushkin Press

© 2017, Olivia Sudjic
Traducción: Ariadna Molinari Tato

Se agradece el permiso para reimprimir líneas de
«Amenimo makezu» (Not Losing to the Rain) por Kenji Miyazawa,
presentado por TRANSCEND miembro de Satoshi Ashikaya.
Esta versión del poema originalmente apareció en Transcend Media Service
(TMS) el 4 de agosto de 2014.
https: // www.transcend.org / tms / 2014/08 /not-losing-totherain
amenimomakezu /.

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4887-5

Primera edición impresa en México: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4881-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Para Pat

Porque el pasto de la montaña no puede
sino mantener la forma
donde la liebre de la montaña ha estado echada.

W.B. YEATS

No me importaría ser un peón con tal de que
me dejaran participar.

ALICIA

1

No estaba con ella cuando comenzó la fiebre. Ni siquiera sabía que estaba enferma. Hasta entonces lo sabía casi todo sobre ella, y podía recordar hasta el más mínimo detalle de cualquier día, lo hubiera pasado conmigo o no. Durante meses, su presencia y telepresencia dieron forma a mi nueva vida en Nueva York. Y ahora, con sólo mover un dedo, se fue.

Dejar de seguir. Sólo se considera un gesto simbólico, un «jódete» simbólico teniendo en cuenta que yo todavía tendría cierto nivel de acceso público. La observaba así desde mucho antes de conocerla, pero parecía que desde entonces su configuración de privacidad cambió; muy recientemente, suponía. Me alarmaba su inhibición, o lo que implicaba que se tuviera que esconder. Antes cualquiera podía encontrarla. Con sólo teclear su nombre se podía obtener una sinopsis instantánea de su vida: la pulcra disposición de sus fotografías, con sus pensamientos y sentimientos al pie, etiquetadas con la ubicación y la fecha. Cualquiera podía rastrear su recorrido por la ciudad, o regresar a su pasado, a sus vacaciones y a sus graduaciones. No puedo ser la única que logró hacerlo con tanto éxito. Pero ahora ya no tenía acceso. Descendió un muro blanco, vacío salvo por el ícono de un candado.

Más que su ausencia física, lo desconcertante era este blanqueamiento total. Pocas evidencias indicaban el paso del tiempo: no había noticias de sus mañanas ni de sus comidas, ni atardeceres o estrellas con filtro. Conforme caía la oscuridad en mi mundo, la

luz del suyo me atormentaba con su blancura de hospital. Choqué el dedo índice contra el muro en repetidas ocasiones, pero su boquita desafiante, apenas visible en el pequeño marco que contenía su foto de perfil, volteaba mi gesto simbólico en mi contra: jódete. Todo era simbólico. Toqué su boca: estaba dura y no admitía nada. Su rostro también estaba duro: no negaba ni sentía nada. Que la apretara con más fuerza o menos no hacía ninguna diferencia. No había nada que pudiera presionar excepto «Seguir» o «Volver». No podía decidirme por alguna, así que esperé con la ilusión de que la infeliz elección me fuera retirada. A veces cubría el brillo con la palma de mi mano y anulaba su luz por completo oprimiendo mis nudillos unos contra otros. Contaba hasta sesenta y volvía a abrirlos, con la esperanza de que ese movimiento expansivo hubiera abierto el candado, o de descubrir que el muro sólo fue una medida temporal y ya restauró su configuración anterior. Al ver que no era así, probaba rutas más creativas: en lugar de teclear su nombre, como cualquier tonta, buscaba otros nombres que conocía —los de sus amigos— y tocaba cada puerta trasera que se me ocurría para ver dónde estaba y con quién, pues confiaba en encontrarla refugiándose en las fotografías de los demás. Ninguno de ellos la veía o, si lo hacían, lo ocultaban. O quizás ella se escondía en algún lugar de ese laberinto hecho de vidas ajenas, pero detrás del lente.

Mi determinación no tardó en desfallecer; entonces, tras admitir mi derrota y presionar «Seguir» otra vez, el tiempo que esperé a que ella aceptara mi solicitud transcurrió con una lentitud inimaginable. Pasé minutos enteros convenciéndome de que era lo mejor que podía pasarme, de que aquella era, en efecto, la única salida: no volver a saber nada más de ella a partir de ese instante. Sin embargo, era inútil. Ya sabía demasiado y, durante las largas horas que pasaron entre esos minutos, me torturé con sombrías fantasías sobre lo que pasaba detrás del muro mientras esperaba a volver a tener acceso.

El botón de «Seguir», que antes era blanco, lucía ahora de un gris fascinante, y esa palabra fue reemplazada por «Su solicitud fue enviada». Sentí que esa nueva frase no transmitía la urgencia correcta. Para empezar, no me gustaba que el verbo estuviera en pasado. Observé la palabra mientras estaba recostada en mi cama, convencida de que mi mensajero no estaba transmitiendo mi solicitud con la insistencia necesaria. Me pregunté cómo podía recuperar el control. Las pocas noches que pasábamos separadas, mantenía abierta nuestra conversación para que su nombre apareciera como conectado o desconectado en la barra gris de la parte superior de la pantalla, y la presionaba cada tanto para mantenerla encendida. Al hacerlo, pensaba que la sentiría como si la tuviera junto a mí, como si respirara acostada a mi lado, pero al final ese truco se parecía más a recostarme junto a un cadáver buscando consuelo.

Cuando no miraba el muro blanco, veía la barra gris. Ahí, por lo menos, transcurría el tiempo. No daba la hora real, sino que decía cuánto tiempo había pasado desde que ella desapareció. Quería respirar en su misma atmósfera. Abrí las ventanas tanto como pude; sentí las corrientes de aire que se movían entre los rascacielos y me imaginé licuándolas, creando entre nosotras un sistema hidráulico, de manera que yo pudiera colocar y empujar su dedo hacia abajo con sólo poner el mío sobre el botón. Una vez estuve segura de que su estado cambió de «Visto por última vez» a «*Online*», y de «*Online*» a «Escribiendo...»: una señal de vida, como vapor en un espejo. Entonces parpadeé con fuerza, y de nuevo la barra gris, la lápida sobre nuestra conversación, me confirmó que ella no estaba.

Durante tanto tiempo esperé a que apareciera que de vez en cuando tenía que voltearme bocabajo y bajar la mano con la que sostenía el aparato para que la sangre circulara hacia los dedos. Si lograba quedarme dormida, mi mente hacía malabares con nuestros posibles encuentros, y la seguía por cada intersección del Upper West Side. Dependiendo de la intensidad de mi desolación, las

calles nos conectaban o nos separaban y, aunque apenas me movía, cada vez que despertaba estaba exhausta y tenía los dedos empapados en sudor, como si hubiera pasado la noche acechándola por las cincuenta cuadras que nos separaban.

Ese periodo de limbo me enseñó todo lo que hay que saber sobre el terreno que separa el deseo del asco. En el punto donde se encontraban, sentía que un calor enfermizo emanaba desde el colchón. Siempre que me encontraba ahí tenía la sensación de haberla poseído durante un instante, como un tirón en el cuello o un violento espasmo muscular. Justo en ese punto, de repente nuestros cuerpos se alineaban, y por un instante yo estaba haciendo lo mismo que hacía ella mientras ignoraba mi solicitud.

Si pienso en el limitado conocimiento que tenía en ese entonces de sus actividades, aquel calor enfermizo cobra sentido. La sensatez llegó después, de manos del portero del edificio en el que vivía, en la 113 Oeste. Me contó que para cuando ella llegó, con fiebre alta, por sus propios medios al hospital que estaba a dos cuadras, tenía un parásito alojado en su cerebro. Explicó que todo comenzó, como suele suceder con las cosas que llevan a la muerte sin que te des cuenta, con «unos síntomas como de resfriado» y el primer doctor se despidió de ella con ese diagnóstico. La mandó a comprar una variante más fuerte de Theraflu. La segunda visita la hizo en ambulancia. Fue el portero quien llamó al 911. En Estados Unidos, me informó con seriedad, las ambulancias se reservan para los que están inconscientes y los muy ricos, pero concluyó que ella cumplía con los dos requisitos.

—Quizá comenzó el viaje que sería su vida en el fondo del océano, dentro de un crustáceo. Logró abrirse camino hasta algo así como una rana y, de ahí pasó a algo como una serpiente, y luego un ave…

—U otra criatura —interrumpí.

Me examinó durante un instante. Casi no hablé con nadie durante días y reservarme mis teorías se convirtió en una lucha.

—Claro —continuó—. Antes de que ella se lo comiera o lo adoptara como mascota. Le encantaban las cosas adorables, ¿verdad?

—Claro.

—El demonio. —Puso los ojos en blanco y yo asentí. Su gata era un peligro, sin duda alguna.

Tras la cirugía, la trasladaron a una habitación de terapia intensiva con una vista privilegiada del Hudson. Era el primer día de octubre. Recuerdo que afuera el aire todavía era tibio, y bajo el sol hacía calor. El verano, nuestro verano, aún sobrevivía bajo la luz tenue y el denso calor del final del día, aunque ella conservaba pocos recuerdos de aquella jornada. Le extirparon la segunda mitad de julio, todo agosto y septiembre junto con el parásito. Nos conocimos en agosto, y después ella me aseguró que el parásito devoró mi papel en todo el asunto, o lo incendiaron en el quirófano.

En un cuento que escribió tras lo sucedido, poco después de que me fuera de Nueva York, afirma que no recuerda nada más que su despertar: una «sensación de quemazón», el «florecimiento húmedo» de sus propios párpados, pegajosos por la cinta quirúrgica, visto desde el interior, mientras «nadaba hacia la consciencia» en aquel cuarto brillante. El recuerdo, sospechosamente literario, excluye a su madre, quien viajó desde Tokio para cuidarla. O el florecimiento húmedo es una invención y no recuerda despertar en ese cuarto, o borró a su madre de la escena a propósito. Sin duda, la madre estaba ahí; incluso tomó una foto de su hija cuando volvió en sí y la transmitió a la generación anterior, a su propia madre, que en ese momento aún dormía en la curva de su archipiélago ancestral. La fotografía estaba acompañada por la palabra *¡Despertar!*, en japonés: *Kakusei!*

De vuelta en el vestíbulo del edificio donde vivía su hija para devolver el duplicado de las llaves, la madre le mostró la fotografía al portero junto con una radiografía que revelaba el extraño camino circular que siguió el parásito. Le agradeció su ayuda. Sin duda, salvó la vida de su hija. Pronto la darían de alta. Cuando regresara,

sólo tendría que caminar dos cuadras, o quizá podría tomar un taxi. Durante las semanas siguientes tal vez necesitaría más ayuda que de costumbre.

Habrás visto la fotografía de *Kakusei*. Llegó a las noticias. Ella no salió muy bien. Su rostro decidido está rojo, tiene la mandíbula desencajada, aunque supongo que su belleza es un hecho tan absoluto que está más allá de la vanidad. Es la primera foto que aparece si la buscas ahora: Mizuko Himura. Puse un millón de trampas para ese nombre. En cuanto diga o haga cualquier cosa, o en cuanto cualquier persona diga o haga algo relacionado con ella, aunque sea al otro lado de cualquier océano, su nombre me llega en una alerta de Google. Cada vez que navego por la red, alcanzo un estado de arrebatamiento por un segundo, pero luego me abruma una náusea aguda. Leo conteniendo la respiración, escaneando para ver si alguna de sus palabras es sobre mí, o está dirigida a mí en secreto, y siento una humillación alarmante cuando nada destaca y ella se vuelve a sumergir en el agua. Aún espero un mensaje suyo —incluso hoy, aunque ya pasó más de un año—, pero debo asumir que la falta de mensaje es el mensaje mismo y que su largo silencio contiene todas las respuestas que necesito.

Al ver las fotos que le tomaron desde entonces, veo que algo cambió. Su encanto se volvió extraño —más agudo, si es que es posible—, aunque quizá sea producto de la distancia, o de un maquillaje profesional, o de mi interpretación de su rostro a partir de lo que sé que ocurrió, o de todas las anteriores. Sus facciones parecen deshabitadas, menos simétricas, como si contemplaras las ruinas de algo perfecto, pero no pudieras recordarlo en su totalidad.

Sigo sin saber lo que en realidad sentía por mí. Repasé todos los recuerdos que guardé: no prueban nada, son como restos de un naufragio que podrían significar todo o nada. Estoy segura de que hay algo profundo, muy por debajo de la superficie que, si se altera o se perturba, al fin podría salir al aire. Antes era capaz de lograr que las cosas aparecieran de esa manera, atrayéndolas hacia mí con

hilos invisibles, haciendo que el cielo se volviera denso, como una febril pantalla azul que temblaba por todo lo que yo quería mantener cerca. De hecho, antes de irme a Estados Unidos, mi madre me dio ese poder, una herencia singular. Se asomó por la puerta de mi cuarto, donde llevaba semanas atrincherada empacando sin descanso. Me acostumbré a caminar por encima o a rodear las dos partes de una maleta que estaba en mitad del suelo y me olvidé de que en algún momento tendría que *a)* cerrarla, y *b)* transportarla sin ayuda. Después de observarme en silencio durante un momento mientras yo doblaba ropa, frenética y sin levantar la mirada, me aconsejó que intentara «vivir ligero» en Nueva York. En ese entonces, sin saber lo que me esperaba, asumí que esa pizca de sabiduría se dirigía a mi maleta, que aún estaba abierta dejando que se desperdigaran por la alfombra mis densos libros (Baudrillard, Deleuze) y mis conjuntos cuidadosamente armados. Luego me estrechó contra su pecho, el primer abrazo que recuerdo de mi vida adulta, y sentí cómo me impregnaba su poder. Ella, claro está, no vivía ligero. Sufría una apofenia incurable.

—En Manhattan —me explicó— tienes que ser ligera, tanto como si flotaras por encima de la ciudad cual espora solitaria. O si no —Y esa fue la repentina contracara de su advertencia, la parte que se grabó en mi mente—, tienes que ser muy, muy pesada y atraer hacia ti todo lo que haya.